Epoca IV — Barcelona 9 de junio de 1915 — Número 261

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

IMPORTANTE

En reunión de grupos anarquistas celebrada el dia 6, se acordó, en vista de la agitación que sobre la neutralidad rea izan los elementos políticos, intensificar la campaña contra la guerra, por medio de manifiestos que circularán profusamente y por todas las localidades.

Como deseamos que como minimum circulen unos 100,000 ejemplares, excitamos a los grupos y compañeros y a cuantos simpaticen con la campaña contra la guerra, a que envien cantidades, que además de servir para enviarles ejemplares, servirán también para que enviemos a las localidades de donde no nos pidan

Las actuales circunstancias hacen necesaria esta labor.

¡Alerta, Pueblo!

La aventura guerrera extiende su dominación a los países que, sin ser neutrales, aguardan a que los manejos gubernamentales les hagan decidirse por una u otra alianza.

Desde que Italia ha empuñado las armas, la inquietud de España va creciendo y la seria amenaza de una nueva contribución de sangre va concretándose en manifestaciones de caudillos políticos, en corrupciones metálicas, en preparaciones sordas que anticipen y extiendan la hecatombe en que el mundo civilizado se desangra. Falsa civilización y pérfida neutralidad se barajan en las redacciones de los periódicos inspirados en el credo de la política para continuar el juego funesto de las ambiciones en que el equilibrio nacional se manifiesta. Y no puede ser de otra manera, porque ningún Gobierno, lleve la etiqueta que mejor cuadre al ejercicio de su autoridad, puede defender otra civilización que la que le inspire la sumisión de sus súbditos y el ejercicio de sus intereses de casta privilegiada.

Todos los Gobiernos saben que los contribuyentes de cada Estado son un jalón inagotable, del que se extraen a voluntad todas las bases en que se edifican las diversas tiranías del parasitismo social. ¿Cómo han de cantarse, pues, las excelencias de la neutralidad sinceramente si en esta incalificable contienda todos los poderes están ansiosos de reparto, todos aguzan los dientes para llevarse un trozo de botín y meter baza en la nueva división de fronteras que se prepara?... La verdadera neutralidad debía encontrarse en la masa popular, entre los esclavos que riegan con su sudor el surco, entre los que descienden a las minas y entre todos los que gastan su esfuerzo muscular en producir las riquezas que apenas consumen y las maravillas infinitas en que se regodean los señores y los mandatarios y que constituyen la admiración humana en esa vana abstracción que se denomina pomposamente progreso. La neutralidad positiva debía ser hija de todos cuantos se hallan dispuestos, de grado o por fuerza, a derramar su sangre y la de sus hermanos en holocausto del ídolo patria, por altos intereses que muy pocos en puridad comprenden. Pero como cada partido y cada privilegio cuenta con una masa de adeptos, de creyentes fanáticos con suficiente idoneidad para dejarse arrastrar por ilusiones, por falacias, por promesas, por sofismas y por desmanes pasionales, de aquí la imposibilidad de que la razón y el buen acuerdo se establezcan entre los hombres. El proletariado internacional, el productor de todos los países no se muestra muy propicio a salir de su pasividad, a escribir por su propia mano la más gloriosa página de su historia. Permanece circunstancialmente neutral y espera la decisión de sus tiranos para armar su brazo y continuar por cuenta de ellos el extenso fratricidio, que es vanagloria de libertad y democracia según afirman los conspicuos y caracterizados prohombres que encarrilan las decisiones nacionales.

Así el pueblo, que trabaja y sufre, que lo mismo prodiga su sangre a la procreación de esclavos que la derrama a torrentes en los campos de batalla, donde las más nobles aspiraciones humanas se ahogan, es siempre la presa favorita, la carnaza abyecta con que los buitres gubernamentales se alimentan. Nuestro deseo no es, como se ve, cantar las excelencias de la plebe ni pretender cándidamente que la humilde verdad va a abrirse paso entre el cúmulo de mentiras en que las energías humanas se desperdician. La demencia está muy arraigada entre las masas para que podamos creer que la magia de algunas palabras justas y ponderadas pueda hacer cambiar rápidamente la mentalidad de los que viven como meros autómatas o son terreno propicio a todas las sugestiones. Sin embargo, por amor a esa humilde verdad que sustentamos; por el odio que nos inspira la violencia, y más cuando está determinada por las más absurdas contradicciones, nosotros, los anarquistas que conservamos íntegro el ideal, que somos convencidos antimilitaristas, que odiamos en principio toda guerra, que poseemos un alto concepto de la vida y consideramos la abyecta realidad presente, levantamos todo lo posible nuestra voz entre la barahunda guerrerista, no para lanzar una nueva arenga, ni con ánimo de levantar la bandera de las reivindicaciones sociales que poderosas huestes proletarias han pisoteado, sino solamente para manifestar una vez más a los hombres que razonan, que amamos sobre todo la lógica y que aprovechamos toda circunstancia para despertar las conciencias, pensando y expresándonos siempre con corrección. Queremos, en definitiva, evitar la confusión ateniéndonos a los hechos para poner sobre aviso al pueblo y para evitar las sorpresas desagradables que pudieran ocurrir. Cuando un logrero político de ambición desmedida se atreve a lanzar el reto a la ficticia neutralidad española, puede creerse que lo hace por su cuenta y razón, porque ve probabilidades de que triunfen sus ideas entre los que obedecen los dictados del radicalismo español.

Aunque parezca un contrasentido, no es extraño que los mismos que se opusieron al conflicto de Marruecos adopten ahora una actitud bélica en pro de la alianza, ateniéndose solamente a la fuerza ideológica que se da al latinismo.

No se ventilan los mismos intereses ni entran en juego las mismas sugestiones de entonces y de aquí la posibilidad de cambio tan profundo.

Los políticos pueden ser enemigos de una determinada guerra, pero nunca pueden ser hostiles a todas las guerras.

Sumándose a la causa de la democracia, pretende la extrema izquierda española seguir el camino de Italia por los mismos procedimientos, para defender las *grandes obras de la civilización* contra el absorvente imperialismo germánico.

A juzgar por las hojas periodísticas de esta tendencia criminal, la cultura no aparece en sus líneas, pues en todas ellas se ve el desmán pasional, el insulto soez, la grosería canallesca, más propia de escribidores a sueldo que de individuos que manejan la pluma con el sano propósito de investigar y analizar la situación que en tan trágicos momentos atraviesa el mundo.

Véase sino como se explican en uno de sus párrafos más brillantes, según *El Radical*:

Los pobres neutros, sin sexo, incapaces de coger un fusil, o temiendo que se lo hagan coger, amenazan.

Por fortuna, ellos no son la nación, ni simbolizan la raza. Existe otro pueblo, que no actúa de comparsa de villanos que es el depositario de nuestra tradición gloriosa. A ese pueblo, se le advierte que vamos a la ruina, a la desmembración territorial con la neutralidad vergonzosa impuesta por gobernantes ineptos, y responderá gallardamente, como en las grandes crisis nacionales. Y a ese pueblo, reserva indestructible de la Patria, le consta que el interés y la afinidad de raza y de ideales, nos colocan de parte de los aliados. Y en ese pueblo confiamos nosotros como «suprema ratio», para salvar a España. Pues la cobardía de unos y el sórdido egoismo de otros, la ponen en trance de zozobrar y perecer.

Mejores argumentos no se pueden exponer para convencer a ese pueblo depositario de todas las glorias habidas y por haber. Pero ante este empuje de los demagogos sale el obstáculo de los conservadores y tradicionalistas patrios. Acaso más hábiles en la astucia, se muestran partidarios de la neutralidad del Estado, sin que por eso dejen de abogar porque la nación exteriorice sus simpatías. Y así como los jacobinos aman la unidad latina y se entusiasman con las libertades que achacan a Francia e Inglaterra, los imperialistas admiran la supuesta grandeza intelectual y heróica de Alemania y Austria y ven en Guillermo al digno testamentario de Felipe II y Napoleón. Concretando más sus ambiciones, odian el poderío de Inglaterra, considerándola como la antigua sojuzgadora, la que detenta el poderío del Estrecho de Gibraltar, que es el punto central de unión de cuatro continentes y que podría servir a España para recobrar su gloria con la ayuda de América y Portugal.

Por otra parte, *El Ejército Español* declara lo siguiente:

Nuestra situación geográfica nos compromete; nuestros intereses también; nuestras inclinaciones de antes de la guerra lo mismo; nuestras discusiones de ahora exactamente igual, y, sin embargo, el lema es el de «todos neutrales». ¿Cabe mayor paradoja, más tremendo contrasentido?

Y todos en definitiva, tirios y troyanos, blancos y negros, todos los que ambicionan poder y gloria, *adoptan para salvar la soberanía nacional, no la actitud del conejo que se esconde, sino la del erizo que anda prevenido y en caso necesario saca sus púas.*

Ante esta actitud, el gobierno declara y afirma de nuevo su neutralidad en *La Gaceta*, lo cual no es óbice para *que se encargue de la protección de los intereses y súbditos austrohúngaros en Italia, sin duda por las cordiales relaciones que unen hace siglos a las dos monarquías.* Al propio tiempo obliga a compromisos especiales a las fábricas de artefactos guerreros y la actividad en ellas va cada día en aumento.

El deseo del gobierno, según afirma su jefe, es:

Aumentar las fuerzas y medios militares de España, que hoy son superiores a las que jamás tuvo, y que han de seguir aumentándose como aconsejen las circunstancias, pero entendiendo que ese esfuerzo que el Gobierno realiza lo hace como medio defensivo de nuestro territorio, no suponiendo propósito alguno ofensivo.

A tal afirmación se puede contestar con las palabras de un culto escritor, Sánchez Pastor, que trata la vida política en uno de los más sesudos periódicos conservadores, *La Vanguardia:*

¿Es que se cree que las naciones se rigen en sus relaciones con los principios de la más estricta moral e inspiradas en los sentimientos de la gratitud, de la benevolencia y del reconocimiento? En buena época se vienen a exponer estas doctrinas; cuando los grandes aplastan a los pequeños sin consideraciones a tratados y convenios; cuando todo el derecho de gentes se ha convertido en una novela; cuando nadie se cree obligado a guardar alianzas o conferencias internacionales; cuando se hace la guerra con desprecio de todos los acuerdos tomados para humanizarla; cuando ya no falta más que la supresión de la Cruz Roja para que la guerra entre hombres civilizados tenga todos los caracteres de la lucha entre las tribus del interior del continente africano.

De todo lo expuesto se deduce que el Gobierno que decretó la prohibición del Congreso por la paz, será más tolerante con las propagandas homicidas de los partidos políticos.

Esta es la verdad ¡oh, pueblo! Si te queda un resto de buen sentido, si eres capaz de discernir la verdad del sofisma, si comprendes la justicia, despreciarás como se merecen los dictados de los malos pastores y seguirás los impulsos de la razón. Si por el contrario sigues siendo el siervo irredento, te prestarás sumiso a la orden de tus verdugos y después de haber empobrecido tu sangre en la producción de la riqueza que no disfrutas, la dejarás correr por aumentar el caudal de los que te envenenan, te azotan y te matan y para que la odiosa oligarquía militar extienda aún más su horrendo predominio sobre el destino humano.

¿Qué pasa en Roma? (Jerez)

Por carta que tengo a la vista; por la alcahueta Celestina prensa que no tomo oído, y sí al amigo, éste me dice: "Los rebeldes campesinos como tú conoces... han metido tal terror *en estos descendientes caballeros jerezanos* de los Villavicencios, Vargas Machuca, Orbaneja, etc., etc., que faltos de aquel valor de sus antepasados, han hecho traer a Roma, como tú le llamas, un contingente de fuerza del *benemérito defensor del pueblo* (burgués), guardia civil: chico, me creo están todos. Apostados por retenes en los cortijos; a cierta distancia, cuarteles de reserva del ejército; la caballería, guardia rural, un batallón de infantería que se espera en Cádiz y, *por lo que se dice, serenos, consumistas, carteros, los de la limpieza pública, en fin, toda la empleomanía tendrán que ir a la batalla.*" Y yo pregunto ¿qué pasa en Roma? ¿Será su ocaso? ¡Tal vez llegue, es indudable que llegue a su ocaso!... No quieren desengañarse los *señores* burgueses y se precipitan en el abismo. Ya lo veis; los tiranizados esclavos se aprestan a la lucha, y si el mauser y el sable son vuestro apoyo hoy,.. ellos, los esclavos modernos, pueden darse cuenta, y con una más poderosa arma que los del 42, esa arma valenciana o mallorquina, puede aniquilarlo todo.

¡Traed tropas; fusilad a los que os enriquecen, a la llave de la riqueza humana, al agricultor! Esa baja y rastrera *proeza* es de cobardes. ¡Que bajeza, que vergonzosa miseria moral! ¡Para ellos el plomo; para ustedes su sangre, sus hijas, y sus hijos para vuestro sostén, para el militarismo!... Traed tropa, mucha tropa para un puñado de esclavos que se rebelan, que quieren lo que le habéis usurpado, *ladres* malditos.

Esclavos del mundo: hagamos causa común con aquellos rebeldes campesinos. Secundemos la obra magestuosa conquistando la tierra, la vida y la libertad, que éstas sólo pertenecen a los que saben conquistarla.

¡Salud y adelante, rebeldes hermanos.

José ARRANZ

Diálogo entre padre e hijo

Hijo.—Padre, ¿por qué está tan contento mi hermano Miguel? Desde ayer no hace más que cantar y silbar canciones patrióticas.

Padre.—Porque le dieron útil para el servicio militar.

Hijo.—¿Y allí será feliz?

Padre.—Creo que no.

Hijo.—Entonces, ¿por qué está tan contento de ser soldado?

Padre.—Porque así habitará en la ciudad, en el cuartel.

Hijo.—¿Y qué hará allí?

Padre.—Aprender el manejo de las armas para defender la patria.

Hijo.—¿Qué es la patria?

Padre.—La nación, el país en que habitamos, en una palabra, la tierra.

Hijo.—Pero... ¿la tierra es nuestra?

Padre.—De todos habría de ser, pero nosotros no la poseemos.

Hijo.—Entonces, ¿de quiénes es la tierra?

Padre.—De los ricos, de los grandes acaudalados.

Hijo.—Siendo así, ¿qué consigue Miguel defendiendo tales tierras? Ningún beneficio conseguimos con esto, toda vez que la tierra es acaparada por los ricos.

Padre.—Claro. Si la tierra estuviera en posesión de todos viviríamos mucho mejor.

Hijo.—¿Por qué no tenemos, pues, la tierra que necesitamos?

Padre.—Porque tiene que comprarse al que la posee, y nosotros no tenemos dinero.

Hijo.—Y esa multitud que habita en las ciudades, ¿tienen mucha tierra?

Padre.—Ninguna; a excepción de algunos, todos son pobres como nosotros.

Hijo.—Si somos tantos los pobres, ¿por qué no tomamos la tierra que nos haga falta, puesto que ellos ni siquiera la trabajan?

Padre.—Porque es propiedad sagrada, y el que intentase apoderarse de ella sería perseguido por la justicia como un ladrón, y para ello tienen la gente armada, para defender la propiedad.

Hijo.—¿Y qué haría la gente armada?

Padre.—Ametrallar a los facinerosos que tal locura intentaran y prender a los demás.

Hijo.—¡Um! ¿Y por este hecho la gente armada cometería tal barbaridad?

Padre.—Hasta se congratularía por ello.

Hijo.—Pues bien; cuando recuerdo la leyenda aquella de que Pedro amenazó la cabeza de Ivan y solamente por eso fué condenado a cinco años de reclusión, y a los soldados que matan a los hombres se les recompensa... admirable... Pero los soldados ¿por qué disparan sobre los hombres?

Padre.—Porque son mandados por sus jefes y hay que obedecer.

Hijo.—Olga, papá, ¿también Miguel dispararía contra nosotros?

Padre.—Miguel haría como los otros.

Hijo.—Entonces, ¿por qué Miguel va tan contento a ser soldado.

Padre.—Porque de no ir de grado otros le obligarían a ir por la fuerza.

Hijo.—Papá, los demás soldados deben ser ricos ¿verdad?

Padre—¿Ricos?... Como tu hermano Miguel.

Hijo.—Pues ¿por qué ayudan a los ricos en vez de ayudar a los pobres.

Padre.—Porque así se les ordena.

Hijo.—Pero ¿por qué no desacatan la voz de sus mayores?

Padre.—Porque si no obedecieran serían fusilados o castigados.

Hijo.—Quien los fusilaría ¿los oficiales?

Padre.—No; los demás soldados.

Hijo.—¡Imposible!

Padre.—Comprendo, hijo mío.

Hijo.—Pero si los demás no obedecieran a sus jefes, ¿qué ocurriría entonces?

Padre.—Si... entonces... entonces...

Hijo.—Entonces, si no fuera por los soldados, no existiría la propiedad, y los poseedores de la tierra la trabajarían en común para todos los humanos, y los hombres dejarían de matarse entre sí y todos seríamos felices.

El padre, pensativo, mira a su hijo, le da un abrazo, y exclama:

—Hijito, tienes razón.

Trad. de R. BERNABEU

De la violencia

No pretendemos predicar nuevas creencias, porque siendo enemigos de la fe ciega es imposible hacer ostentación de teorías fracasadas. Tratemos de contribuir al esclarecimiento de los hechos y así podremos liberar algunas conciencias aherrojadas por las diversas supersticiones que desgobiernan el mundo. No adulemos y prefiramos fustigar los errores vulgares y mostrar un cierto pesimismo que no caer en las aberraciones del sofisma. Este método nos parece el más eficaz para la propaganda libertaria, porque al pretender desmenuzar los silogismos sociales, lejos de envanecernos elevamos nuestro nivel intelectual y sentimos el deseo de perfeccionarnos.

El anarquista no puede ser doctoral sino modesto determinista, infatigable discípulo de los hechos, pues a pesar de todas las elucubraciones mentales la realidad seguirá su camino. Ya se efectúe el sueño de los idealistas que confían en que una maravillosa revolución puede desarraigar el mal social y preparar el advenimiento de la justicia, o bien sigan teniendo razón los que creen que sólo la educación y el tiempo pueden poner remedio al desbarajuste en que la humanidad viene agitándose, lo cierto es, sin que nuestra afirmación tenga carácter absoluto ni se la pueda dar más valor que el relativo de investigación, que la violencia siempre resulta atrabiliaria y cruel cuando se pretende hacerla servir como método para el triunfo de ideas generosas. Individualmente todo ser que razona detesta la brutalidad de la fuerza, pero colectivamente vemos que no se llega al desarme de los odios estúpidos.

Hemos de reconocer que la humanidad lleva en su seno el cultivo de la tragedia, que sobre ella pesa aún con mucha extensión el atavismo de la violencia y que aún los que se dicen sus mayores enemigos, la creen necesaria. Es verdad que éstos no la defienden por sí misma, sino que la aceptan como una realidad de la vida, pero la razón la excluye sin remisión, y he aquí cómo: Si después de reflexionar se cree uno más fuerte que su adversario, se hace brutal e impositivo si emplea la violencia. Si al contrario se ve más débil es temerario el emplear una fuerza inútil y perdida por anticipado.

En estos dos casos la violencia es una brutalidad o una estupidez. Por instinto se comprende muy bien la defensa violenta en caso de ataque, pero siempre es mucho más inteligente emplear la maña o la astucia cuando una fuerza mayor que la nuestra e inevitable nos amenace. Nosotros, los que nos pretendemos investigadores de la verdad, no podemos emplear los mismos medios que los que juzgamos inconscientes, y sólo lo hacemos cuando nos colocamos en el terreno del sofisma.

Constatemos que en sentido absoluto